

Cogiendo del brazo á Feli, fué el joven hacia donde sonaba el lamento del órgano.

La música no le había engañado: el que la hacía era su tío el *Ingeniero*, llamado así por la rara habilidad que demostraba en el arreglo de los instrumentos de música y juguetes mecánicos. Vestía un gabán de color de castaña, con grandes botones, y bajo la visera de su gorra destacábanse las dos manchas negras de los anteojos con bordes de paño, que abrigaban su vista enferma.

Estaba sentado en un sillón de madera blanca y dorada, con las graciosas curvas del siglo XVIII: la seda antigua enseñaba, entre desgarrones y deshilachados, el lejano recuerdo de una escena pastoril. A su lado, una mujerona chata, de desbordantes grasas, sentada en un taburete, se cubría de los rayos del sol con una sombrilla roja de encajes, cuya riqueza contrastaba con la mugre de sus ropas.

Isidro no la prestó atención. Conocía las debilidades del *Ingeniero*. Aquella sería la favorita del momento. Su tío, desde que había quedado viudo, gozaba de una fama vergonzosa en todo el barrio, desde la Ribera de Curtidores al Paseo de las Acacias. No había vendedora de mollejas, tripicallera ó chamarilera del Rastro á la que no cortejase, valiéndose del prestigio que le daban sus habilidades y los cuantiosos ahorros que todos le suponían. Las odaliscas turnaban en su favor, con alternativas de escándalos y riñas, sin que el ilustre *Ingeniero* se decidiese formalmente por ninguna.

Sentado en el hermoso sillón, daba vueltas al manubrio, deleitándole los chillones sonidos que acompañaba con movimientos de cabeza. A sus pies vió Maltrana una numerosa colección de

cartillas para ciegos. ¡Quién podría ir al Rastro en busca de tales cosas!...

El *Ingeniero*, percibiendo al través de las negras antiparras una pareja detenida ante su establecimiento, husmeó al comprador.

—Un órgano magnífico, caballero; fabricación alemana, y se da regalado. Usted es persona de gusto. Voy á cambiar el papel y oirá cosa buena: la marcha de *El Profeta*.

Isidro le contestó con una carcajada, al mismo tiempo que la grasienta odalisca tirábale de la manga, para advertirle su equivocación.

—Pero, tío: si soy yo—dijo Maltrana.

—¿Y quién eres tú?...

—Isidro, el hijo de su hermana. Me he casado, vengo con mi mujer á comprar unas cosillas y he querido verle para que me aconseje.

El *Ingeniero*, al oír que era una mujer la que acompañaba á su sobrino, abandonó bruscamente el manubrio, y, pisando las cartillas, aproximó á Feli sus antiparras, contemplándola largo rato.

—Muy bien, sobrino, muy bien: mi enhorabuena—dijo con sonrisa de inteligente en el género.— Tanto gusto en conocerla, joven, y que siga usted muchos años tan antipática y tan feota... La pobrecita está ciega. Caballeros, ¡y qué par de ojos se trae la social!

Luego continuó dirigiéndose á su enorme compañera, con el mismo acento que si hablase á un perro.

—Oye, tú, ¿no encuentras que esta joven se parece mucho á Nicanora, la cigarrera de la calle de Mira el Sol?...

—No, señor, no se parece—dijo la mujerona con no menos rudeza, mostrando al hablar unos dientes picudos y amarillos, entre las salchichas de sus

labios.—Bien se ve que estás ciego. La señora es más guapa. Ya quisiera la Nicanora parecerse á la suela de sus zapatos.

—¡*Muuú!*—mugió burlescamente el *Ingeniero*.—Ya la has metido: ya has soltado una barbaridad. No la hagan ustés caso—continuó, dirigiéndose á los dos jóvenes:—Le tié tirria á la Nicanora, porque la chica está por mí. La semana pasá se tiraron del pelo y fueron á la delegación del distrito.

—Que sus den morcilla á los dos—dijo la gorda con bronco vozarrón.

Y, satisfecha de este caritativo deseo, se removi6 en el asiento, enderez6 la sombrilla y qued6 inm6vil, con los morros apretados, fingiendo no ver ni oír al *Ingeniero* y sus parientes.

El chamarilero, sentado en el sill6n, aconsejaba á su sobrino d6nde debía hacer las compras. La tienda de la Ribera de Curtidores era ahora de sus hijos: se la había traspasado para quedar en completa libertad. Bien podía divertirse, después de tanto trabajar. Pero le restaba la afición al negocio, sobre todo á los instrumentos de música. Los compañeros no adquirirían un mecanismo defectuoso, que no se lo ofreciesen para que lo arreglara: siempre tenía alguna joya como aquel 6rgano, y todos los domingos colocaba su puesto en las *Américas*, para no perder la costumbre.

El *Ingeniero* indignábase al hablar de sus parientes. Su hermano, el anticuario, era un orgulloso, que desde que trataba por su negocio con marqueses y curas ricos, no había quien lo sufriese. No se veían una vez que no le echase en cara sus aventurillas y escándalos. Era un jesuítá, un hipócrita: vivía como un imbécil, sin alegría, sin amables desórdenes. ¿De qué le servía el di-

nero?... Aconsejaba á su sobrino que no entráse á verle en el patio viejo de las *Américas*.

—Te recibirá con unos aires de personaje, que dan ganas de soltarle dos tortas... En cuanto á mis hijos, los dos han salido á su tío. Se pelean conmigo y me reniegan por menos de una perra chica. Apenas me saludan, y alegan que esto es porque vivo como vivo, porque hablo con esta ó con la otra. Todo filfa, pues lo que buscan es no pagarme lo que me deben por el traspaso de la tienda. ¡Qué les importa á esos judíos lo que haga su padre!... Yo parezco un chaval al lado de ellos. Aquí no hay otro joven en la familia, alegre y que se las traiga, que este cura: el *Ingeniero*.

Después aconsejó á Isidro que comprase la cama en la tienda de sus hijos. Tenían géneros baratos y nuevos. No debía adquirirla en las *Américas*. Eran todas de largo uso: la que menos, había visto morir á toda una familia. Sus primos le darian con economía lo que necesitase.

Luego preguntó por su madre, la señora Eusebia. Más de un año hacía que no la había visto. ¿Cómo le iba á la abuela con el señor Polo? Un día que tuviese humor, tal vez se decidiera á ir á Tetuán. Ya no conocía á las gentes de allá. Madrid terminaba para él en el café de San Millán, donde se reunía con ciertos amigos para admirar á las hembras de la plaza de la Cebada. Cuando el sobrino quisiera encontrarle, ya sabía d6nde: siempre en su farmacia. Le tenía ley al Rastro y á sus alrededores, y eso que el barrio, con todo su comercio, era igual á aquellas casuchas de Tetuán, de donde procedía la familia. Traperos todos: unos de burro y carro; otros con casa abierta, pero viviendo por igual de los desperdicios de la villa. Los restos de la existencia diaria, la co-

mida y los trapos rotos, los expelía Madrid hacia lo alto; los residuos de su lujo, los muebles y las ropas, empujados por los vaivenes de la fortuna, bajaban la cuesta del Rastro para amontonarse en el estercolero de las *Américas*.

—¡Las cosas que uno ha visto, muchacho!... ¡Si los muebles hablasen!

Comenzó á dar vueltas al manubrio del organillo y la gangosa melodía sonó otra vez.

Maltrana dijo adiós á su tío, pero éste, antes de que se alejasen, tuvo un arranque de generosidad.

—Tomad lo que queráis. Ya que sois recién casados, os debo un regalo.

Y les mostraba noblemente la mercancía esparcida á sus pies, las cartillas de ciegos, con las páginas al viento, ó puestas en ángulo con el lomo en alto. Los dos jóvenes diéronle las gracias.

—No os ofrezco el órgano—siguió diciendo—porque le tengo querencia á la *Gran Marcha*. Pero cuando me canse, venid por él: pasaréis buenos ratos.

Se alejó la enamorada pareja. Feli reía del *Ingeniero*, de sus pretensiones galantes y del mastín con falda que le acompañaba.

—Es un hombre temible—dijo Isidro con tono irónico.—El terror del barrio... Y tú parece que le has dado golpe: tendré que vigilaros...

Volviendo hacia lo alto del Rastro, asomáronse al patio de las viejas *Américas*. La muchacha admiró las grandes tiendas de antigüedades, y las de muebles, con sus sillerías de sedas vistosas, que alegraban los sombríos rincones del caserón. Isidro mostró á Feliciana un hombre obeso y cejudo, que en la puerta de su tienda enseñaba unas

planchas pintadas en cobre á dos señoras extranjeras. Aquél era su tío: debían pasar sin saludarle, no creyera que iban á pedirle algo.

Permanecieron más de una hora en la tienda de los hijos del *Ingeniero*. Maltrana reconoció que sus primos eran unos judíos, como decía el padre, sin alegría, sin afectos, cual si tuviesen cegada el alma por el polvo amontonado en el establecimiento. Le hablaban con seriedad recelosa, temiendo que apelase al parentesco para no pagar.

En otro sitio hubiese adquirido Isidro los mismos muebles á menos precio. Pagaba el parentesco y la vergüenza del regateo. Compraron una camita dorada, una mesa de escribir, otra de comedor, varias sillas y un colchón con almohadas y dos mantas. Todo era modesto, de poco precio; pero la cama, con sus hierros coruscantes, les pareció á los dos un derroche, un alarde de suprema elegancia, una manifestación de su propósito de vivir en grande, sin privaciones. Siete duros les costó esta joya. Los dos se miraban con inquietud. ¡Qué modo de gastar el dinero! Pero este remordimiento desvaneciase al examinar la cama otra vez, fijándose, especialmente, en el colchón de muebles. ¡Ella, que no había conocido otro lecho que un jergón sobre tablones, en la casucha del *Mosco*! ¡El, que durante años aguardaba á que le dejasen libre el camastro para descansar sus huesos!...

Los dos abandonaron la tienda, trémulos de emoción, por las adquisiciones que acababan de realizar. Por fin, iban á tener una casa, á ser dueños de algo. Comenzaban una vida nueva. Antes de dos horas tendrían los muebles en su casita, en aquel nido próximo á las nubes.

—¡Cuánto dinero hemos gastado!—decía Feli, apreciando con el tacto la disminución del envol-

torio que llevaba en la mano.—Si seguimos derrochando así, dentro de poco pediremos limosna.

Isidro la tranquilizaba: aún tenía más dinero para las necesidades de la casa. Y, después, ganaría nuevas cantidades: contaba con su pluma para vivir.

Y hablaba de su pluma con petulante seguridad, como si el mundo entero aguardase impaciente que él se dignara escribir algo, para adquirirlo.

Salieron del Rastro. Cerca de la plazuela, contemplaron un instante los puestos de los remendones, que aprovechan el calzado viejo recogido en las calles. Tenían ante ellos grandes montones de zapatos húmedos, extraídos de una gran cuba, y agarrándolos como animalillos muertos, les arrancaban las tachuelas, las suelas, los tacones, todo lo aprovechable. Lo inservible caía en el suelo, pegándose á las piedras como inertes piltrafas.

Junto á la estatua del de Cascorro, se cruzaron con dos ropavejeros que volvían de recorrer las calles, pregonando sus ofrecimientos de compra. Llevaban al brazo varias prendas de ropa. Calzaban alpargatas, cubríanse la cabeza con boinas, pero encima de ellas, como si fuesen las enseñas del oficio, llevaban con solemnidad, uno de ellos un sombrero de copa, y el otro, una teja de cura, de un negro verdoso. Caminaban gravemente como dos caricaturas de la riqueza y el clero, sin prestar atención á las risas de los curiosos, y se metieron en la taberna del *Manco*, para hablar de sus asuntos entre dos tintas.

Isidro y Feliciano sentían impaciencia por verse en su casita. Dudaron un instante ante la puerta de un café, no sabiendo si almorzar en él. No:

mejor sería en su casa, completamente solos, sin la molestia de las miradas del público.

Al presentarse el camarero con una gran bandeja, en aquel piso alto donde ocultaban su felicidad, tuvieron que colocar sobre una mesilla del señor Vicente, el solomillo con patatas, la merluza frita, el postre de pasas y almendras y la botella del vino. Comieron con el buen apetito de la juventud, con esa excitación que proporciona la novedad de los cambios de sitio.

Feli, de vez en cuando, fruncía el entrecejo, con sus preocupaciones de amita de casa.

—Esto empieza mal; gastamos demasiado. Con lo que cuesta este aparato que han traído del café, tengo yo para dos días.

Maltrana contestaba con risas. Había que alegrarse: aquel domingo era el de sus bodas, el primer día que pasaban juntos. Ya pensarían luego en las economías.

Bebieron en el mismo vaso, cuidando el uno de poner los labios en la empañadura que dejaba la boca del otro. Se besaban entre bocado y bocado, marcándose en las mejillas redondeles de vino y de grasa.

—Cochino, ¡cómo me pones!—decía Feli con gracioso mohín, limpiándose la cara.—¡Ay! ¡déjame comer! ¡déjame tranquila! Mira que estoy cansada, que deseo paz... que aún nos queda mucho por arreglar.

La presencia del señor Vicente hizo que el almuerzo acabase con cierta tranquilidad. Venía de oír varias misas, de asistir á una reunión de hermandad, de hablar con los señores de la Conferencia, que le entregaban las estampitas y hojas piadosas para los impíos de la plebe. Los domingos eran días de gran trabajo.

Se negó á aceptar los restos del almuerzo que le ofrecía el joven. Gracias, señor de Maltrana; no era orgullo: pero estaban en Cuaresma, y él ayunaba rigurosamente. Había devorado en la calle su modesta colación: la carne pecadora ya tenía bastante.

Fijaba sus ojos enfermos en Feli con cierta inquietud, turbado por la presencia de una mujer joven y bonita en su propia sala, en medio de los estantes empolvados, repletos de lomos de pergamino que guardaban toda la sabiduría y la santidad del mundo.

—¿Conque usted es la señora del señor de Maltrana? Vaya, vaya. Que sea por muchos años.

Y al decir esto, paseaba por la habitación con sus zapatos de cura, que parecían querer escapársele á cada paso, acompañando sus movimientos con un monótono *chac chac*. Tenía en sus piernas algo inexplicable que parecía repeler los lacios pantalones que las cubrían. Feli pensaba que aquel hombre había nacido para llevar una sotana, un hábito, una envoltura talar. Se movía y andaba como si unas sayas invisibles estorbasen su paso.

—¿Conque usted es la señora del señor de Maltrana?—repitió otra vez, no sabiendo qué decir.—Vaya, vaya... Que Dios la bendiga y la dé muchos hijos, para que la acompañen en el cielo... Tiene usted cara de buena: el señor de Maltrana también es bueno, aunque algo olvidado de la salud del alma. Usted le guiará por el buen camino: las señoras, para estos casos, saben más que nosotros. Creo que nos entenderemos, que viviremos como buenos cristianos en santa paz.

El señor Vicente entró á detallar su futura vida. Libertad completa para todos. Ellos tenían su lla-

ve, y él guardaba la suya. Cada uno podía entrar y salir cuando quisiera. No hacía falta llamarse más que en casos de necesidad, como buenos hermanos. El se acostaba muchas veces cuando aún había sol en el horizonte. Otras llegaba á altas horas de la noche. Se retrasaba peleando con algún pecador de lengua blasfema: velaba enfermos con la esperanza de que se arrepintiesen á última hora. La noche era tan buena como el día para servir á Dios. Además, dormía poco, le repugnaba el sueño por ser el momento que aprovecha el Malo para tentar y atormentar con visiones pecaminosas é impuros disparates. Ansiaba la llegada del día como un descanso, y antes de apuntar el alba estaba de pie para asistir á la misa primera. Cuando ellos se levantasen ya andaría él muchas horas por el mundo.

—No crea usted, señora—continuó—que siempre he vivido tan cristianamente. He tenido mis épocas de calavera, de trasnochador.

Al decir esto sonrió con una candidez que pretendía ser maliciosa.

—Cuando yo conquistaba á mi zapatero, un demonio de Granada, que cometió enormes sacrilegios y cuya conversión no sé si le habrá contado don Isidro, entonces pasé meses y aun años, acostándome después de la salida del sol. El pecador tenía gusto en oírme, y yo me agarraba á él, acompañándolo á las tabernas y á sitios peores, señora: á sitios donde fueron conducidas en tiempos de martirio las santas vírgenes, para ser atormentadas en lo que más estimaban. El Señor me lo perdona... El bebía y hacía cosas peores: yo le hablaba, sin aceptar sus obsequios, sin hacer caso de sus blasfemias, esperando que estuviese bien borracho para ver si de este modo po-

día meterlo en una iglesia y que oyese una misa, una tan sólo, con la esperanza de que Dios y su Santísima Madre me habían de ayudar, tocándole el corazón. ¡Y costó, pero llegó! Pasé años haciendo una vida de pillo, pero puedo decir que he devuelto un alma al Señor... Ya le contará más despacio el señor de Maltrana mi conquista del zapatero.

Y paseaba, guiñando los sanguinolentos ojos, frotándose las manos, celebrando su malicia y aquella conversión que era el acto más glorioso de su vida.

—Aquí estará usted muy bien, señora—continuó.—Hay de todo en el distrito; tiene usted inmediatas varias iglesias, con misas á todas las horas. Además, casi á la mano, está la catedral, San Isidro, con su famosa capilla isidoriana. Si usted no la ha oído, vaya á oirla. Un coro de ángeles; una bandada de querubines, que la dejarán con la boca abierta.

Cuando se presentaron dos mozos de cordel, trayendo á cuestras una parte de los muebles, el señor Vicente se despidió. Tenía que hacer propaganda aquella tarde. Ahora visitaba á la gente de la carretera de Extremadura, unos pobrecillos sin más medios de existencia que el trabajo en los tejares durante el verano y el robar cardillos y leña de la Casa de Campo. Allí se quedaban los dos, como dueños de todo. Con otros huéspedes no osaría tales confianzas. Pero el señor de Maltrana podía hacer lo que gustase, y disponer de su biblioteca: todas las puertas quedaban abiertas. Si necesitaba clavar algo en el arreglo de la casa, allí tenía un poco de todo, en el cajón de los chismes. Y le mostró en el fondo de una caja, clavos, tachuelas, dos martillos rotos, todo de hierro viejo

recolectado en sus excursiones por las afueras y traído á casa con una minuciosidad que le hacía aprovechar cuantos objetos veía en el suelo. Si la señora necesitaba botones, hilos ó agujas, también encontraría gran provisión en una tabla de la biblioteca.

Los amantes, viéndose solos, dedicaron gran parte de la tarde al arreglo de los muebles. Los habían dejado los portadores agrupados en el centro de la habitación que destinaba Isidro para despacho. Después de largas reflexiones y no menores titubeos, se dispusieron los jóvenes á colocarlos.

—Aquí, la mesa, junto á la ventana—dijo Feli.—Tú escribirás de espaldas á la cocina y yo vendré de puntillas, poquito á poco y, ¡zás!, te daré el gran susto, cuando menos lo esperes, echándote los brazos al cuello, besándote... así, así.

Y el silencio monacal de la casa del hermano Vicente, conmoviase escandalizado por una lluvia de ruidosos besos y por los suspiros de pasión que acompañaban á los fuertes abrazos.

Al colocar la mesa de comer, sentáronse frente á frente, pero, arrepentidos de establecer entre los dos este obstáculo, diéronse las manos por encima de él, mientras por debajo se buscaban los pies. Luego, soltándose ella con inesperado tirón, se levantó y corrió alrededor de la mesa, perseguida por Isidro, que la acosaba con rugidos de ogro.

—Que te como, feísima... Que te devoro, sosa... desgalichá.

Con tales intermedios, el arreglo de los muebles, á pesar de ser pocos, amenazaba prolongarse hasta bien entrada la noche.

La colocación de la cama, fué el asunto magno

de la tarde. Cambiaronla de sitio un sinnúmero de veces, sin que llegase á quedar nunca á gusto de los dos. Sudaban, con la cara roja de fatiga, al mover y dar vueltas á este armatoste dorado en la estrechez de la habitación.

Feli, arremangados los brazos, pegándose á su frente los rebeldes rizos con el sudor y el polvo, daba pataditas en el suelo y torcía el gesto, no encontrando nunca á su gusto la posición de la cama. Quería que se viese bien, que la luz hiciera brillar el oro con todo su esplendor: para esto habían gastado el dinero. Y cuando la veía colocada en estas condiciones, surgían otros inconvenientes. ¿Es que iba á dormir ella junto á la pared?... No: ella sería la primera en levantarse; había de madrugar, para el buen arreglo de la casa, y no quería que Isidro viese turbado su sueño.

Nuevos cambios de sitio, otros tirones y esfuerzos, sin que el maldito lecho llegase á colocarse á su gusto en la estrecha habitación.

Ella, para apreciar en todos sus detalles la hermosura de este mueble, que la llenaba de orgullo, colocó el colchón, las mantas y las almohadas sin funda. Sábanas ya las compraría al día siguiente, pues había sentido repugnancia por las que le ofrecían en el Rastro. Quedó largo rato contemplando la cama con cierta indecisión.

—¿Estará bien así, Isidro? ¿Qué dices tú?...

Maltrana, cogiéndola del talle, la hablaba al oído cosquilleándole una oreja con su aliento. Así ó de otra manera, bien estaba. ¿Iban á pasar la tarde sudando y haciendo fuerza como gallegos? La pobre cama tenía derecho á quejarse con tantos arrastres y vueltas. Había que dejarla quieta... hacerla los honores de la nueva

instalación... Feli se abandonó; vencida, trastornada por el susurro tibio que acariciaba su oído, erizando al mismo tiempo la suave pellicula de su mejilla. Durante una hora durmieron los ecos de la casa del santo, sin otros estremecimientos que el metálico ruido del armatoste, que parecía condenado á no descansar.

Cuando los amantes, dando por terminado el arreglo del dormitorio, volvieron á lo que había de ser despacho, Maltrana buscó el martillo y los clavos.

Quería adornar su habitación de trabajo colocando unas láminas regaladas por un amigo. Eran retratos, y el joven explicó á Feli la grandeza de todos aquellos señores que mostraban sobre el papel su gesto leonino, mirando á lo alto, con ojos ardientes de inspiración.

—Fíjate, nena: este es Victor Hugo, un semi-diós. Cuando yo arregle mis libros, te daré á leer algo suyo. Este otro es David-Federico Strauss, uno que se metió á examinar la vida de Jesús y no dejó en ella títere con cabeza. Este barbudo es Darwin; el otro, que parece un erizo blanco, mi gran tío Schopenhauer; el de más allá, Zola, con su mirada triste, como si fuese á llorar; aquel viejo tan guapo y simpático, el amigo Haeckel... Todos gentes distinguidas, apreciables puntos que no se ofenderán de vivir con nosotros en plena alegría juvenil. ¡Las cosas que van á presenciar estos ilustres gachósl...

Feli sonreía contemplando los retratos, creyendo de buena fe, en su sencilla ignorancia, que eran señores de Madrid á los que conocía y trataba su amante. Esta misma amistad la hizo presentir que podían ser mal vistos por el dueño de la casa.